

III

Y su vida fué siempre una constante orgía de sangre y de infamias, sin que jamás pasase por sus ojos la sombra del más leve remordimiento.

Pero a medida que el frío inexorable de la edad iba helando sus venas, una tristeza horrible, tenaz y lenta, se adueñaba de su corazón, y un hastío asqueroso y progresivo anublaba y ensombrecía todos sus placeres.

Muchas veces, en sus escandalosos festines, donde parecían congregarse todas las más absurdas locuras del vicio y de la ostentación, cuando estaba en todo su apogeo la bacanal, se le había visto salir tambaleándose de la sala, para deshojar en el rincón más oscuro y apartado de su castillo, las guirnaldas de

rosas y de verbenas, que como una evocación de pagánías, ornaban sus sienes...

Hasta en los mismos brazos del amor había sentido este tedio demoledor y corrosivo como una ponzoña que le impelía a arrojar del lecho a latigazos, a la impúdica cortesana o a la rústica doncella, arrastrada hasta él por la dura y odiosa ley de la servidumbre.

¡Cuántas veces se detuvo aterrorizado, como si le petrificara el espanto, en los umbrales de alguna estancia o en las encrucijadas de algún camino, creyendo ver sombras hostiles que le acechaban, puñales desnudos alzados sobre su cuello!

Espectros sangrientos, en cuyas facciones creía adivinar rasgos ya conocidos...

El rumor de las cascadas que rodaban ante sus pasos, el murmullo de las florestas estremecidas por el viento, el chirrear de una puerta desvencijada, el taladrar angustioso de una carcoma en el silencio de su cámara, todos los rumores de la soledad y el silencio, hasta el latir de su propio corazón, todo le amedrentaba, porque creía escuchar en todo amenazantes cuchicheos y terribles imprecaciones.

Y a medida que su cerebro se iba poblando de pa-

vorosos fantasmas, sus fuerzas disminuían, y las pesadas armaduras y los guerreros arneses se cubrían de polvo en la ociosidad y en el abandono.

Los pueblos y los señoríos comarcanos, después de medio siglo de continuos sobresaltos, pudieron, al fin, dormir tranquilos sin que el bronce de las campanas les llamase a rebato.

Los atalayas no descubrieron, desde hacía muchos meses, a los rayos de la luna, el resplandor acerado de las cotas y de los yelmos de sus mesnadas...

—¡Nuestro señor se ha vuelto loco!... Hoy ha dejado escapar una presa segura. Unos ricos mercaderes provenzales que iban en peregrinación a besar el sepulcro del Apóstol Santiago, camino de Compostela... Desde las cumbres de esas montañas los han visto los vigías atravesar descuidadamente las ásperas guajaras de los desfiladeros...

—La edad ablanda los dientes de los lobos y la mano de nuestro señor no puede ya sostener la gloria de su espada.

Este diálogo, que sorprendió una noche al rescoldo del hogar, entre los dientes de dos de sus más fieles secuaces, fué la última llamarada de su cólera, la postrera explosión de sus violencias.

Sin hablar una palabra, cogió del yar el grueso tronco de encina que en él se consumía, tan pesado, que dos bueyes apenas si pudieron transportarle hasta la poterna, y con él, esgrimiéndolo como si fuese una débil caña, aplastó las cabezas de los murmuradores...

Desde entonces sus manos no habían vuelto a derramar sangre humana, y una terrible inquietud había sido como la sombra de su cuerpo.

En vano consultó a los más famosos astrólogos: el cielo permanecía mudo a sus deseos.

De noche no podía conciliar el sueño.

Se revolvió febrilmente en su lecho, y si alguna vez sus párpados, fatigados, se cerraban, un sobresaltosúbito y una terrible pesadilla le estremecían denuevo.

Creía sentir ruido de cadenas, como si mónstruos ocultos se estuvieran preparando para arrojarle a las más ardientes y voraces gehenas.

Y lívido de espanto y de cólera, saltaba del lecho, y empuñando la espada, acuchillaba en las tinieblas a los fantasmas, hasta caer rendido, sudoroso, echando espumarajos por la boca, sobre las frías losas del pavimento.

Una noche, después de uno de estos espantosos

delirios, sintió de pronto como si una suave canción que fuese a un tiempo una divina claridad, se esparciera por las sombras que le rodeaban.

La luna plateaba el azul del jardín, sobre cuyos verdores se abrían las esbeltas ojivas del salón, y entre las ramas de un rosal, todo cubierto de rosas de nieve, se desgranaban en el silencio nocturno los armoniosos trinos de un insomne ruiseñor, con la misma sonora y dulce suavidad con que las flechas de diamantes del surtidor se desengarzaban sobre la concha de mármol de la fuente.

Era la flor de su alma que se abría, por vez primera, a la voz de la piedad.

Y al día siguiente abandonó su castillo, y sin más compañía que sus remordimientos, atravesando campos y montañas, cabalgó largas jornadas, como atraído por no sabía qué irresistible y misteriosa fascinación, en busca de la cabaña de aquel Santo Ermitaño, del cual se hablaba con profunda veneración en cien leguas a la redonda, afirmando que poseía el bálsamo divino que todo lo cura y lo purifica, el mismo bálsamo con que las tres Marías ungieron el cuerpo del Redentor antes de depositarle en el Santo Sepulcro.

IV

El Santo Ermitaño le oía inmóvil, con la cabeza entre las manos, sin que la más leve contracción turbase la armónica y perfecta serenidad de sus facciones.

En las brisas campestres, impregnadas de romero, tomillo y mejorana, venían de cuando en cuando el eco de las salmodias de los peregrinos y el suspirar errante de alguna flauta lejana tañida por algún pastor en las agrestes concavidades de la montaña.

Y del fondo del valle, entre las vagas y dispersas neblinas del río, se alzaba ondulando hacia el azul crepuscular, como un incienso votivo, el humo familiar de los casales y de los molinos ribereños.

—¡Piedad, piedad! — clamó sordamente el viejo

castellano, en sus angustiosas tribulaciones de naufrago, abrazándose desesperadamente como a una suprema y definitiva esperanza a las flacas y sarmen-tosas rodillas del Ermitaño.

Y en su voz parecía desbordarse toda la infinita tristeza humana, en un ánsia de liberación y de consuelo.

El santo asceta alzó, por fin, su pálida frente: su larga barba descendió como un torrente de plata a lo largo de su pecho escuálido, arremolinándose como un remanso de espuma sobre sus rodillas, y colocando paternalmente sus manos exangües, de un blanco amarillo de marfil viejo, sobre el acerado capacete del humillado suplicante, exclamó con voz profunda y suave, con una voz tan consoladora y extraña, que parecía venir de otros mundos más serenos, sin que tuviese que atravesar garganta humana:

—Grandes son tus pecados, hijo mío; pero la misericordia del Señor es infinita. Su corazón no es como el de esos físicos que sólo curan las más leves dolencias. Para manifestar su omnipotencia, prefiere siempre los enfermos desahuciados, a aquellos a quienes ya cortaron la mortaja y encendieron las lámparas funerales en torno de sus lechos.

Su generosidad gusta ejercitarse en los casos extremos, arrebatando a las almas de las mismas garras de Lucifer.

Ten fe. Invoca su santo nombre con fervor, y El no te negará su ayuda, acudiendo solícito a salvarte del pecado en que vives y de los terribles castigos que te amenazan.

Quien no rechazó la mano del leproso y atrajo filialmente sobre su seno la rubia cabeza de la pecadora de Magdala; quien dió un rayo de su celeste claridad por guía al más cruel de sus perseguidores, Pablo de Tarso; aquel cuyas últimas palabras, sangrando en la cruz, con el costado desgarrado por la lanza y los labios amargos aún por la hiel de la befa, fueron de caridad y de perdón para sus propios verdugos, no puede abandonarte a ti, por más grandes que hayan sido tus pecados y tus crímenes.

Enciende tu corazón como una antorcha en la fe. Cierra los ojos confiado en su divina gracia, y camina sin temores, que la mano del Angel que guió a Tobías te conducirá a través de las tinieblas, hasta la eterna luz de la gloria.

Alimenta con tus propias entrañas la Piedad y el Arrepentimiento, como las madres a los niños enca-

nijados y raquíuticos, con más fervor y cariño que si estuviesen sanos y fuertes.

La voz del castellano le interrumpió, en una ansiedad palpitante de esperanza:

—¿Y qué he de hacer, padre mío, para redimir todas las infamias y las impurezas de mi vida?

Y sus ojos, febriles de impaciencia, se clavaban en las serenas pupilas del cenobita, como pidiendo a ellas la respuesta que fuera el rocío y la paz purificadora del alma.

Mas ellas nada le respondieron, impasibles en su ciega serenidad del bruñido esmalte.

Sólo su voz volvió a perfumar de nuevo la paz del momento, con su purificante frescura de manantial.

—Nada más sencillo. Reparte tus riquezas, y a pie como un mendigo, sin más apoyo ni defensa que tu báculo de romero, sin más adorno que las caracolas de tu esclavina y sin otro abrigo que tu burdo sayal de penitente, y sin más calzado que la piel de tus plantas, y sin más provisiones que las que depositen en tu mano extendida la caridad de las gentes, atraviesa los campos y las montañas, vadea los ríos, cruza los desiertos, y ve a arrojarte a los pies del Vicario de Cristo; y sus benditas manos, depositarias de las

llaves del cielo y del destino de las criaturas, al bendecir tu frente, purificarán tu corazón de toda mancha, redimirán tus culpas, y harán que vuelva, para siempre, la paz a tu espíritu atormentado.

Y volvió a inclinar dulcemente la austera cabeza entre sus manos.

El viejo castellano dobló con honda pesadumbre la frente, como si se hubiesen desplomado sobre ella de pronto todos los maravillosos alcázares de su esperanza.

Y su acento se atrevió a suspirar, por fin, en el infinito agobio de su pena:

—¡No hay salvación para este pecador, piadoso Ermitaño! ¡No hay salvación!

¿Cómo voy a cruzar yo, pobre y achacoso, consumido por los sufrimientos y agotado por los años, los largos y peligrosos caminos que conducen a Roma?

Caeré muerto de fatiga en las primeras jornadas, sin que mis ojos hayan podido contemplar, siquiera a lo lejos, entre el polvo del camino, resplandecer al sol de la gloriosa mañana, los altos y fuertes muros de la Ciudad Eterna.

Esa penitencia es superior a mis fuerzas... No podré cumplirla... ¡Y moriré irredento, condenado!

Y había en sus gestos y en sus palabras un dolor tan sincero y una angustia tan profunda, que el Santo Ermitaño volvió a levantar el rostro, compadecido de aquel pobre sér arrugado por los años y de aquella alma miserable, derrumbada bajo la desilusión de su última esperanza fallida.

Elevó los ojos al cielo, como pidiendo el divino auxilio para mitigar los dolores de aquel infeliz, y así, extático, permaneció orando algunos instantes, mientras el castellano esperaba, sin atreverse a respirar siquiera, las palabras que habían de decidir su suerte por los siglos de los siglos.

El ascético rostro pareció transfigurarse en la ferviente imploración, y algo así como una paloma de fuego aleteó en sus oídos, mensajera de la celeste gracia.

—Hijo mío—murmuró, rompiendo el silencio embarazoso con la más suave dulzura de su voz—la piedad del Altísimo empieza a manifestarse en tu favor. ¡Loado sea!

Toma este cuenco de madera que me sirve de vaso. Mis propias manos lo han tallado en una santa rama de olivo, de los mismos olivos que escucharon la divina oración del Huerto.

Toma este vaso y encamínate a la fuente; y en cuanto lo veas desbordarse de agua, tus culpas estarán lavadas, y podrás regresar tranquilo a tu castillo a esperar, sin temores, tu última hora.

Y poniendo en las temblorosas manos del viejo castellano su rústico y santo vaso, le dió su bendición, y lentamente desapareció entre los frondosos árboles que prestaban sombra a la cabaña.

—¡Alabado sea el santo nombre del Señor!—clamó el castellano, cayendo de rodillas en acción de gracias, con los ojos y los brazos tendidos al cielo, en el cual fulguraba ya, como un tembloroso diamante en un manto de seda azul, el resplandor del primer lucero.

Y así permaneció un largo espacio, mientras a lo lejos se oían los piadosos cantos de los romeros y la serena brisa de la tarde refrescaba su alma sedienta con la promesa cristalina y rumorosa de los arroyos y de las fuentes, que cantaban en las verdes laderas vecinas y entre las arboledas del fondo del valle...

Terminada la oración, empezó a descender ágil y alegremente por la verde ladera, como si las últimas y piadosas palabras del Santo Ermitaño, al abrir de nuevo su corazón a la esperanza, le hubiesen quitado de los hombros el fardo de tantos años, cargado de crímenes y de infamias abrumantes.

Al descender la abrupta pendiente, sentíase fuerte y ágil, como en aquellos bizarros días de su juventud, en que al frente de sus hombres de armas, cabalgaba armado de punta en blanco sobre su potro de largas crines, a ensayar las fuerzas de su brazo y la resistencia de su lanza, talando y corriendo los campos próximos, o asaltando, en los caminos de Compostela, a los cortejos de nobles peregrinos que iban a cumplir

sus votos y a dejar sus ofrendas en los altares del valeroso Apóstol de la Cristiandad.

La frescura del agua le obsesionaba. Sentía en el aire, dentro de sí mismo, en sus propios oídos, fuentes y manantiales que surgían, arroyos y cascadas que rodaban, surtidores abriendo sus abanicos de pedrería, y hasta el rumor sordo y tenaz del mar cercano, fundiendo todos sus rumores, concretando todas sus armonías en una sola, para cantar a su esperanza de redención la lauda y fresca epifanía del agua.

Y ansioso, trémulo de impaciencia como quien busca un rastro salvador, las huellas luminosas de un ángel para escapar de un diabólico laberinto, registraba entre los matorrales floridos del camino, hiriéndose a veces en las zarzas, creyendo encontrar entre las rocas revestidas de musgo y acareladas de hiedras y rosales silvestres, la fuente salvadora, cuyas claras aguas habían de purificarle de toda escoria, absolviendo a su alma de toda culpa y dándole de nuevo la pureza inmortal de las nieves y de los astros.

—¡Bendita sea tu misericordia, Señor!—exclamó, loco de júbilo, al contemplar a la sombra de tres finos y altos álamos, cuyas siluetas gentilíceas se idealiza-

ban en la luz melosa y suave del crepúsculo, el chorro saltarín y deslumbrante de gemadas irisaciones de una fuente.

El agua surgía entre los labios de un tritón de piedra, toscamente tallado, para aliviar la sed de los peregrinos que iban a llevar sus votos a la Virgen milagrosa que se venera en el santuario de la cumbre.

El agua surgía musical y cristalina entre los bellos pétreos, rompiéndose en ellos en un arco de plata, que al caer en la ancha concha de jaspe, se desgranaba, como un fúlgido collar, en un milagro de perlas de espuma que rociaban las hierbas del suelo de fútiles titilaciones deslumbrantes de iris.

Un húmedo perfume de violetas recién abiertas amortiguó la fiebre de sus sentidos exaltados...

Dobló de nuevo la rodilla, y su mano, trémula de emoción y de ansiedad, alargó el santo vaso para recoger en su seno la purificadora refulgencia del agua...

Mas al aproximarle a sus labios, encendidos por la sed ardiente de su espíritu, anhelante de paz, se quedó espantado.

¡El vaso estaba vacío!

No podía dar crédito a lo que veía.

Se refregó los ojos con el dorso de la mano, como si quisiera arrancarse una venda.

Pero todo fué inútil. El vaso estaba vacío... La fuente seca...

¿Le habría engañado su propia ansiedad, haciéndole ver una fuente donde no la había, como engaña el espejismo con sus quiméricos oasis y sus ciudades fabulosas, a los calenturientos beduinos extraviados y enloquecidos por la sed, en las asfixiantes arideces del desierto?

Creyó sentir de nuevo el claro y armonioso rumor del agua.

Era la brisa, que agitaba las altas y finas ramas de los álamos.

Ilusionado otra vez, sin querer dar crédito a sus sentidos, volvió a arrodillarse y a tender el vaso.

El agua salvadora no surgía.

Palpó la piedra y la encontró aún húmeda, como si acabara de cortarse la corriente.

Una idea iluminó de súbito su incertidumbre, y volvió a sonreír a la esperanza.

Los monjes del santuario, ¿sólo dejarían correr sus caños de sol a sol?

Esperó, esperó inútilmente, y rendido de fatiga,

agobiado bajo el peso y la balumba de tantas y tan contrarias emociones como habían agitado y conmovido su espíritu en aquella tarde, estrechando contra su corazón, como un amuleto sagrado, como una reliquia venerada, el tosco vaso de madera, se fué adorciendo al pie de la fuente, mientras en la copa de los álamos lanzaba un ruiseñor sus frescos trinos de cristal, saludando a la plata flúida de la luna, que se alzaba majestuosa en los altos cielos profundos, glorificados de estrellas.

Y la voz del ruiseñor era, en el silencio de su ensueño, como el desgranarse de un surtidor en una límpida y refulgente lluvia de perlas.